

LA BOLIVIA DE HOY: ¿NEODESARROLLISMO O SOCIALISMO COMUNITARIO?

Bruno Fornillo
(bmfornillo@gmail.com UBA)

Resumen: El halo progresista de buena parte de los gobiernos del subcontinente impide ver hasta qué punto hay cambios reales acaeciendo en nuestros países. Esta ponencia, por tanto, se pregunta si en Bolivia existe o no una revolución. Más llanamente: ¿Qué fue lo que cambió en el país andino-amazónico? La hipótesis que surca el trabajo es que estaríamos en presencia de una serie de tendencias que a su vez se correlacionan con el tipo de estructura socioeconómica de Bolivia, con el carácter “abigarrado” de su sociedad. Si una primera reside en la posibilidad de afianzar la expansión reproductiva del capital, que no poco se apoya en la lógica propia de las economías familiares, de la unidad doméstica, de la pequeña propiedad individual, y que se lleva bien con el perfil neodesarrollista por el cual no deja de apostar el gobierno; una segunda encaja más nítidamente en el significante “descolonización”. Se trataría, en este caso, de reforzar profundamente las lógicas comunales esparcidas por la totalidad de la geografía andino amazónica, tendencia que a veces suele encontrar una más clara inscripción en la idea de socialismo comunitario o en la apuesta por el “vivir bien”, tantas veces proclamado. Con todo, observamos finalmente la chance de distintas combinaciones posibles de estas tendencias, cortejándolas con la posibilidad de toparse -algo ya clásico en Bolivia- con una revolución “interrumpida”.

La Bolivia de hoy: ¿neodesarrollismo o socialismo comunitario?

Tal relación de ajenidad recíproca, sin embargo, no existe para los miembros de una entidad comunitaria de origen natural, ya tenga la forma de una familia patriarcal, de una comunidad índica antigua, de un estado inca, etcétera. El intercambio de mercancías comienza donde terminan las entidades comunitarias, en sus puntos de contacto con otras entidades comunitarias o con miembros de éstas. Pero no bien las cosas devienen mercancías en la vida exterior, también se vuelven tales, por reacción, en la vida interna de la comunidad. La *proporción cuantitativa de su intercambio* es, en un principio, completamente *fortuita*. Si las cosas son intercambiables, ello se debe al acto de voluntad por el que sus poseedores resuelven *enajenarlas* recíprocamente. Aun así se consolida, de manera paulatina, la necesidad de objetos para el uso ajenos. La repetición constante del intercambio hace de él un proceso social regular. Con el paso del tiempo es forzoso que se produzca por lo menos una parte de los productos del trabajo con la intención de volcarlos en el intercambio. A partir de ese momento se reafirma, por una parte, la escisión entre la utilidad de las cosas para las necesidades inmediatas y su utilidad con vistas al intercambio. Su valor de uso se desliga de su valor de cambio.

Karl Marx, *El capital*.

Vía neodesarrollista, gestión política y “síntesis relativa”

En la Bolivia “post-constituyente” del segundo mandato “evista” un destino cercano a lo que sucede de hecho parece apuntar decididamente a consolidar un neodesarrollismo jalado por un Estado “fuerte”. Se trata de una opción que ha cambiado de nombre sucesivas veces (“Capitalismo Andino”, “Modelo Económico Nacional Productivo”, “Salto industrial boliviano”) pero que guarda como denominador común el intento de desarrollar el país sobre la base de una gestión pública que -a distancia del pasado neoliberal- se capitalice, invierta y produzca, tome así las riendas de la economía, y vuelque al conjunto de la población lo obtenido: construyendo infraestructura, en forma de créditos a las medianas y pequeñas empresas, sobre la base del universo de políticas sociales. Se trata -como se ha dicho en varias oportunidades- de un “Estado soberano” para el cual las empresas extranjeras sean “socias y no patrones”, recuperando los bienes naturales estratégicos como plafón de una industrialización que sostenga la locomotora del crecimiento económico organizando el capital.

Los números de la economía “evista” parecen colorear este modelo “patriótico”: durante la primera gestión el PBI creció a un ritmo del 5,2 por ciento anual; mientras las exportaciones subieron de 2.867 millones U\$D en 2006 hasta 5.366 millones en 2009. Hoy Bolivia está “blindada” ante las adversidades internacionales, dado que las reservas aumentaron de 1.714 millones U\$D en 2005 a más de 9.730 millones U\$D a fines de 2010, gracias al primer superávit fiscal en 30 años. Respecto al Estado, participó en cerca del 33 por ciento de la economía en 2010, solventando una inversión que rondó los 2.200 millones U\$D, bastante más de los 600 millones de 2005. Esta relativa internalización de la ganancia permitió en estos cinco años mencionados disminuir la pobreza del 60,6 por ciento al 49,6 por ciento y la

indigencia del 38 por ciento al 25 por ciento de la población¹. De este modo, el gobierno nacional buscó reanudar la clásica intención de insertarse en el escenario internacional bajo una relativa autonomía, al compás de una *performance* económica de la primera gestión “evista” tan inesperada como exitosa en términos de crecimiento del PBI.

Por este rumbo, la antigua elite socio-económica de Bolivia parece haber entendido que llegó la hora de abandonar su corriente ceguera por una más clara percepción de que es aconsejable subirse al tren del avance económico, y así obviar los aspectos que juzgaban más crispados del área político-cultural del MAS (que a su vez tendencialmente fue disminuyéndolos) Si al fin y al cabo el vicepresidente afirmó en la Expocruz de fines de 2009: “a los empresarios les decimos que tienen mandatarios para quienes la palabra producción es una sinfonía para sus oídos”². Esta suerte de afinidad basada en la común intención de efectivizar una reproducción del capital puede colegirse del contacto cercano del gobierno con la elite agroindustrial de tierras bajas en procura de asegurar la reducción de las importaciones de alimentos -que en 2007 llegó casi al record de 871.328 toneladas-, en detrimento de las pequeñas y medianas propiedades agrícolas (que según la Constitución deberían ser la clave de la “soberanía alimentaria”). A cambio, el gobierno nacional recibió la petición de morigerar los aspectos más punzantes de la Reforma Agraria. En suma, la proto burguesía que basa su poder en la participación en áreas clave de la economía no ha tenido por qué inquietarse, muy por el contrario, y claro está que de todas las opciones posibles una “modernización ordenada”, que encima logre contener la tradicional protesta *at infinitum*, comienza a ser vista con creciente simpatía.

Ahora bien, en el otro extremo socioeconómico, lo cierto es que esta tendencia reseñada puede ser solidaria con una serie de lógicas propias de los sectores que conforman la base ancha, plebeya y popular, del “evismo”. El aumento cierto de la recaudación del Estado no deja de dirigirse a los sectores siempre marginados, sea a partir de la obra pública o en los nuevos negocios de la maquinaria estatal, sea con la batería de políticas sociales (bono Juancito Pinto, plan Juana Azurduy, renta Dignidad). El auge minero, por ejemplo, bien está nutriendo a los cooperativistas que además han consolidado sus propiedades; los frutos del crecimiento económico suelen tocar al nutridísimo sector de cuentapropistas y gremiales; los agronegocios y las promesas que ofrece el control de la tierra no son necesariamente descuidados por los campesinos, por los colonizadores y los cocalleros -incluso por los sectores indígenas-; la economía informal boliviana demuestra una recurrente capacidad de crecimiento que suele ser aprovechada por lo más diversos actores económicos. En definitiva, esa amplísima agregación de economías familiares enclaustradas en un mar de pequeñas propiedades puede que termine por apañar la dinámica neodesarrollista en la que se ha embarcado el gobierno.

No solo los actores locales depositaron sus expectativas favorables en la gestión “evista”. De un lado, el sistema internacional no ha sido influyente en el “proceso de cambio”, más allá de la común resistencia regional al neoliberalismo, el ciclo político es autóctono, autogestado, incluso expansivo, contribuyendo a moldear una rebelión de estirpe andina. Del otro, el marco geopolítico sudamericano incidió para reforzar el derrotero descripto. Los gobiernos progresistas del sub-continente, particularmente los colindantes más importantes -Argentina y Brasil-, embebidos en cierto *elam* nacionalista y neodesarrollista apelan, antes que nada, a una expansión del capital con visos de dignidad descuidados por el “Consenso de Washington”, recorrido que Bolivia parecería no querer desatender. Justamente, hacia este mercado regional se destina el mayor caudal de las exportaciones gasíferas, fundamentalmente a la economía paulista, gestora de los nuevos proyectos hidroeléctricos y del corredor bioceánico. El peso de esta vecindad doméstica parece ser hoy más determinante

¹ Según datos oficiales. INE, 2009.

² Testimonio difundido por el canal estatal de televisión.

que la polaridad más rimbombante del país, la que se tejió entre el ALBA chavista y la incesante presencia estadounidense (que lejos está, en realidad, de gravitar como lo hacía años atrás³).

Así las cosas, esta alternativa permite al elenco gubernamental satisfacer a buena parte de la población local, y entonces está en condiciones de pugnar por autoreproducirse a partir de la fuerza del número electoral, y no es un dato menor esa novedosa devoción de Evo Morales por la estadística económica. En estrecha relación, bajo esta lógica, las organizaciones sociales no tendrían por qué reprocharse un talante en exceso corporativista, es decir, prestas a reivindicar sus intereses particulares, puesto que representa un tipo de demanda solidaria al *savoir faire* del Estado. Al interior del gobierno nacional fue más que significativo el sector que en los hechos puso énfasis en la necesidad de ampliar y fortalecer la intervención del Estado en la economía, “blindó” sus ministerios -que mantuvo en altos cargos a antiguos funcionarios de las anteriores gestiones “liberales”-; y se alimentó de militantes del viejo nacionalismo estatista y abarcó desde marxistas hasta antiguos funcionarios públicos, sin dejar de ganar la adhesión palpable de la alta cúpula gubernamental. De manera asociada, la amplísima dirigencia sindical, bien representada por Evo Morales o por Fidel Surco de los “colonizadores”, tendió a expresar un sentido práctico antes que programático, sin hacerle sombra a la intención de reforzar la capitalización del Estado.

Con todo, el inicial ímpetu nacionalizador sobre los bienes básicos del país no solo se frenó, sino que en sí mismo ha sido bastante relativo, y no habría que desconocer que el papel del Estado en la economía nacional era increíblemente inocuo, de hecho ahora alcanzó un porcentaje común en sus países vecinos. En este rubro, aunque el Estado aumentó su participación en minería (COMIBOL), telefonía (ENTEL), electricidad (ENDE) y creó empresas públicas (papel, azúcar, lácteos, cartón, cemento), la avanzada sobre el vital recurso gasífero y petrolero en manos de YPFB estuvo más cerca de una participación razonable del Estado en las regalías que de una decidida estatización, no por casualidad las empresas transnacionales (Petrobras, Repsol, etcétera) permanecieron en el país, tampoco por casualidad reinaba el desconcierto acerca del alcance de la nacionalización cuando estalló el “gasolinero” de principios de 2011, y no es un dato menor la “ineficiencia” y la “corrupción” padecida, despertando la incógnita sobre si las “nacionalizaciones” efectivamente contribuyeron a la ruptura de la dependencia del país. Si repasamos, por ejemplo, lo visto en el área minera, debemos subrayar que los cambios han sido bastante más tenues de lo que el mismo gobierno asegura: el 75 por ciento de la explotación minera permanece en manos privadas, mientras lo recaudado por el Estado aumentó al tiempo que lo hizo el volumen de lo externalizado, con serias consecuencias ambientales⁴.

Una especificidad boliviana ha sido que históricamente el capitalismo no respetó las premisas sobre las cuales afirma descansar, de modo que lejos estuvo de consolidar la igualdad jurídica, política y formal a la par que desestructuraba las lógicas comunitarias y las reemplazaba por la primacía del intercambio asalariado. Ahora bien, una opción es que el Estado asuma aquellas tareas que no encaró una burguesía débil y entonces estaríamos en presencia de una revolución igualitaria, democrática y cultural, tan moderna como liberal, que culminaría por eliminar los obstáculos que impiden la tan mentada “modernización”. La profundización de esta tendencia no representaría un hecho desconocido en América Latina, sería por el contrario la consumación de un destino tendencialmente burgués, donde las

³ Earle Ethan (2011) *La relación entre Estados Unidos y Bolivia durante el primer gobierno del MAS*, Tesis de Doctorado, FLACSO-Universidad de San Andrés-Universidad de Barcelona (en proceso de redacción).

⁴ Acerca de los alcances de las nacionalizaciones, apoyándose en datos elaborados por distintas fuentes, existe una fortísima controversia que obstaculiza aseverar de manera definitiva sobre las consecuencias que trajeron. Una muestra de esas discusiones se halla en el documento *Manifiesto de la Coordinadora Plurinacional de la Reconducción. Por la recuperación del proceso de cambio para el pueblo y con el pueblo*, 2011, Bolivia y en la respuesta que despertó por parte del vicepresidente: García Linera, Álvaro (2011b) *op. cit.*

fuerzas populares en ascenso cumplirían “las tareas” que demanda la persistente expansión del capital, disolviendo la estructuración sociocomunitaria para dar paso a la formación de ciudadanos libres e iguales en una esfera política relativamente autónoma.

Por esta vía, el actual proceso político boliviano intentaría consolidar una serie de mutaciones amplias y simultáneas, logrando que la serie de proyectos de país inconclusos pasen a consumir una suerte de “síntesis relativa”. En cierto sentido, sería la apuesta por componer parcialmente a través de la administración de la política las disímiles “memorias históricas” que se fueron apilando al despuntar el ciclo político boliviano contemporáneo, haciendo que la acción del Estado configure y encauce el vínculo entre un modo de acumulación “moderno” y un modo de regulación institucional que le haga de soporte, esto es, un “Estado equilibrado”⁵ o un Estado Plurinacional débil de formato liberal.

Primeramente, aquella demanda histórica de inclusión autoinstituyente de los sectores indígenas y campesinos, el ataque al dominio asentado en la estirpe racial, encontró en la NCPE la escritura de sus premisas programáticas, que han devenido Estado, realidad ético-política de la plurinacionalidad, así fuese que termine por plasmar la autoorganización territorial subalterna o su faceta menos intensa de color multicultural. Y, paradójicamente, también parecen haber encontrado su cauce las ansias de consolidar cierto republicanismo liberal, que allanó el camino para su concreción: la institucionalidad actual combina de un modo especial dosis de comunitarismo en medio de un sistema de poder “clásico”, cuya clave reside en que ahora puede llegar a ser viable precisamente porque por vez primera resulta incluyente de los sectores antes excluidos. Bolivia ya no podrá desconocer a su mayoría poblacional, muy por el contrario, se encuentran abiertas las puertas que promueven la igualdad jurídica y política dado que aymaras, quechuas y guaraníes, y en cierta medida el resto de las 33 etnias del país, pueden considerarse ciudadanos plenos del Estado Plurinacional de Bolivia.

Más cerca en el tiempo, es posible que el reposicionamiento del Estado en la economía venga a consolidar el camino por el cual un capitalismo viable se asiente en el país. Al fin y al cabo se trata de consolidar en el marco de lo existente un proyecto económico capaz de gestar aquellas tareas pendientes de la “memoria mediana” nacida al calor de la Revolución del '52, esto es, un mercado interno integrado, una economía balanceada socialmente, una modernización ecuánime, una explotación a gran escala donde la dinámica del capital sea regulada por la administración pública. La ganancia nacionalizada se revertiría endógenamente y no se externalizaría sin freno, intentando resolver la endémica “querrela por el excedente”. En estos últimos cinco años Bolivia ha engrandecido su Estado a nivel económico, pero también políticamente se ha democratizado, en la medida en que incorporó una nueva visión estatal, resituó canales para habilitar la participación social, avanzó con medidas “autoincluyentes” como la conformación de las autonomías indígenas campesinas, en suma, expandió su radio de recepción de las demandas que parten de la sociedad civil y procuró consolidar la “sociedad política”. Así, el cúmulo de pretensiones nacional-populares que vieron luz durante los momentos más álgidos del actual ciclo político -forjando la “memoria corta”- encontraría un canal de realización parcial pero tangible.

Si se trata de una “síntesis” es porque se plasma -con más o menos intensidad podrá decirse- aquella “memoria larga” signada por el indianismo, por las reivindicaciones de los pueblos indígena-campesinos, al tiempo que lo hace aquella latente del republicanismo independentista, pero, a su vez, alcanzar el orden moderno fue uno de los objetivos

⁵ Ciertamente es que el vicepresidente mencionó, a la manera gramsciana, la llegada de un Estado “integral”, como operador central de la transición entre el la dominancia capitalista de la formación económico social y el lento arribo de un socialismo comunitario. Sin embargo, estamos ante una sociedad política que dejó en suspenso la conformación de una democracia intensa en aras de su estabilidad, podría decirse que en verdad estamos en presencia de un “Estado equilibrado”. García Linera, Álvaro (2010) “El socialismo comunitario. Un aporte de Bolivia al mundo” en *Revista de análisis*, Año III, N° 5, Vicepresidencia del Estado Plurinacional, Bolivia.

neurálgicos de la “memoria mediana”, del “libro de abril” en tanto gramática de las “tareas nacionales”, todo lo cual no niega la atención que se le ha prestado a los proyectos que emergieron en el último tiempo (nacionalización de gas y Asamblea Constituyente, entre ellos). Igualmente, no deja de ser “relativa” porque ningún camino se toma de manera absoluta, y en los hechos la bifurcación restauradora más que componer las distintas matrices sociales bajo la premisa de producir más igualdad cosifica la dominancia de la formación económica capitalista como articulación de carácter no político. Relativa, porque el intento consiste en balancear los diferentes intereses sociales a través del “pactismo” constitutivo, acomodar las diversas matrices sociales y las memorias históricas, disolver el antagonismo que las diferencia, atemperar las contradicciones de clase, corriendo el peligro de arrastrar a las diversas fuerzas sociales bajo el denominador común del capitalismo como productor de desigualdad, y trayendo al presente el fantasma de la “inconclusión”.

Sea como fuere, el núcleo de la argumentación programática de esta tendencia puede narrarse del siguiente modo: actualmente, el vivir bien consiste en “manejar la tensión entre la protección de la naturaleza y el desarrollo productivo con el fin de generar recursos públicos que garanticen a la población las condiciones básicas mínimas -sostiene el vicepresidente- (...) quisiéramos impulsar lo comunitario, pero de momento tenemos que impulsar el fortalecimiento económico del Estado como medio para generar excedentes que nos permitan apoyar a la producción comunitaria”⁶. En consecuencia, la dominancia terminaría siendo políticamente liberal y económicamente capitalista -“moderna”- acorde con la nueva fase de la producción boliviana que comienza en 2010 persiguiendo una “revolución en infraestructura y la industrialización de las riquezas naturales del país”⁷ en los sectores de energía, minería y agroindustria. Es que aquí la dificultad se asienta en que si bien parecen existir intentos de superar las etapas más comunes del desarrollo, cierto es que hoy, por un lado, vemos consolidarse el modelo primario exportador de carácter extractivista en la base económica⁸ (y valga mencionar que el aporte del sector industrial a la economía fue reduciéndose desde el año 2000 al 2009). Y, por el otro, aunque desde el gobierno aseguren que no estaría erigiéndose un “capitalismo de Estado” porque la ganancia no se utilizó para “intereses privados” privilegiando el “valor de uso y la necesidad social”⁹, lo cierto es que en tanto “modo de regulación” el capitalismo de Estado se maneja así, no lo haría si además fuese corrupto y patrimonialista.

Al interior de este modelo, divide aguas la tensión a la que lleva la agudización de la “segunda contradicción del capital” entre la lógica de acumulación y la naturaleza, en palabras de O’Connor¹⁰; entrelazada a su vez con lo que podríamos llamar -clásicamente- la primera contradicción entre capital y trabajo, y no es menor la tensión que existe entre las matrices sociales, que parecieran tener que articularse bajo la preeminencia del formato “liberal”, todo lo cual lleva a que insista la herencia de la colonización. El riesgo radica en que la ritualización de lo cultural se adose a un accionar estatal que adviene del todo bien con la expansión mercantil y la maquinaria pública terminaría por ser el gestor responsable de desplazar las contradicciones, en una suerte de “revolución de baja intensidad” y consolidación de las “estructuras coloniales” y dependientes, en el límite, una “revolución pasiva”¹¹, puesto que no

⁶ Testimonio relevado del Taller temático Tierra y Territorio organizado por la Vicepresidencia y realizado en La Paz el 27 y 28 de julio de 2010: “Altas y bajas: revolución agraria en tierras bolivianas”.

⁷ AAVV (2010) *op. cit.*

⁸ Gudynas, Eduardo (2009) “Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo” en AAVV *Extractivismo, política y sociedad*, CLAES-CAAP, Ecuador.

⁹ García Linera, Álvaro (2011) *op. cit.*, p. 66.

¹⁰ O’ Connor, James (2001) *Causas Naturales, Ensayos de marxismo ecológico*, Siglo XXI, México.

¹¹ Gramsci, Antonio (1986) *Cuadernos de la cárcel*, cuaderno 4, Tomo 2, Era, México. Remitimos, como definición precisa, a la brindada por Waldo Ansaldi, quien advirtiendo sobre sus formas de aplicación en Latinoamérica, afirma: “La revolución pasiva es una combinación de continuidades y de cambios, o de renovaciones y

hay descolonización verdadera si no existe ruptura actuante respecto a las múltiples formas de dominación. Es que cada vez parece ser más patente que existe una suerte de distancia entre la retórica indigenista radical que anuncia la llegada del “vivir bien” y las acciones concretas del gobierno del MAS. A la larga, esta tendencia muy posiblemente no alumbrará formas diferentes de la organización de la producción, tampoco potenciará al sector comunitario y llevará a la política, entendida en sentido fuerte, a diluirse. Dicho de otro modo, el peligro sería la desarticulación de lo que fue la sabia única del proceso: marxismo y katarismo instituyéndose como las “dos razones revolucionarias”¹².

Socialismo comunitario y giro biocéntrico

Al iniciar su segundo mandato, ya promulgada la flamante y renovada Constitución Política del Estado Plurinacional, Evo Morales aseguró “llevar al país hacia un socialismo comunitario”¹³. La magnitud de esta chance puede colegirse de tres factores entrelazados que remiten a la composición política de la comunidad, a la emergencia de una nueva narrativa emancipatoria y a los alcances del “proceso de cambio”, elementos vistos a la luz de lo efectivamente acontecido en estos años. Primeramente, las lógicas sociales que apelan a la práctica colectiva anidan en Bolivia, es decir, las comunidades originarias indígenas-campesinas acusan una historicidad que supera los milenios y son el núcleo de la potencia social desplegada; apelando en sí a la decisión común para la elección de sus autoridades, a la hora de emprender la faena productiva, al considerar la propiedad de sus medios de producción. Obviamente, las propias “tensiones” internas, las fuertes corrientes migratorias hacia las populosas ciudades como El Alto (que igualmente no dejan de traspasar estas lógicas al área urbana) y los vínculos complejíssimos que este recíproco sistema de intercambio traza con las dinámicas del capital, obligan a atemperar las imágenes idealizadas o románticas, pero es indudable que Bolivia cuenta -quizás como ningún otro país del subcontinente- con la tremenda potencialidad política de la “forma comunidad”. Naturalmente, cuando René Zavaleta Mercado sostenía que Bolivia presentaba un carácter social abigarrado, abría la puerta a la existencia estructural de modos de producción heterogéneos a la dinámica capitalista, circulando entre el Estado fuerte, el socialismo de raíz obrerista y las comunidades autorreguladas (el conjunto del movimiento social accede y permanece en la tierra, por ejemplo, en base a derechos políticos antes que económicos). Incluso, no deja de ser cierta esa colocación paradójica del obrero social, soporte socioestructural que se amplió luego de que disminuyese el poder del clásico proletariado minero. En los hechos, bien podemos comulgar con la consideración de que “las comunidades son estructuras estructurantes en la matriz de la sociedad” boliviana¹⁴.

Seguidamente, una pluralidad de sentidos emancipadores florecieron a lo largo de todo el ciclo político con un carácter de lo más radical. No fueron menores la innovación política y el pensamiento estratégico desplegados para avivar y mantener en constante tensión el ciclo de expansión hegemónica: los levantamientos que derribaron cinco presidentes, la construcción de legitimidad social, las alianzas conformadas por el infinito archipiélago de organizaciones,

restauraciones, en el conjunto de la sociedad que la modifican efectivamente (la modernizan) sin transformarla radicalmente, un proceso que reconoce el poder y privilegios de clases o grupos tradicionales dominantes en regiones menos desarrolladas en términos capitalistas, al tiempo que frenan o bloquean el potencial transformador que eventualmente pueden expresar o demandar las clases subalternas”. Ansaldi, Waldo (1992) “¿Conviene o no conviene invocar al genio de la lámpara? El uso de las categorías gramscianas en el análisis de la historia de las sociedades latinoamericanas” en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, Nº 2, Santa Fe, p. 10-11.

¹² García Linera, Álvaro (2005) “Indianismo y marxismo. El desencuentro de dos razones revolucionarias” en *Revista Barataria*, Nº 2, Malatesta, La Paz.

¹³ Discurso de asunción de Evo Morales en su segundo mandato presidencial el 22 de enero de 2010.

¹⁴ Prada, Raúl (2010) “Economía y sociedad”, mimeo, Bolivia, p. 3.

la confluencia en torno a los instrumentos políticos -sea el Movimiento Indígena Pachakuti o el MAS-, la presencia electoral que catapultó a la experiencia de dominar el Palacio Quemado. Esta “marea alta de la política plebeya” forzó a la subjetividad colectiva a crear un relato emancipatorio que haría las veces de gramática general de las esperanzas populares de la época, las cuales no dejan de ejercer su influjo sobre las tendencias menos prometedoras. Digámoslo nuevamente, la chance de instaurar una sociedad más igualitaria está inscrita en la “genética” misma del “proceso de cambio”, puede acaso interrumpirse, pero nunca eliminarse.

Por último, no por casualidad, Bolivia representa realmente una singularidad a escala planetaria. Luego de la conocida debilidad de la izquierda, su ciclo político operó en dos escenarios clave. De un lado, representó una alternativa en acto a la debacle del socialismo real, a partir de la potencia de la movilización societal, es decir, forjada “desde abajo”, desde el momento en que logró volver a poner en el centro el problema del Estado pero bajo nuevos términos, cuando consiguió que la política emancipatoria retorne y sea nuevamente pensable luego del ocaso minero del '85. Pero eso fue posible debido a que, por otro lado, vino a cuestionar de cuajo tanto la era neoliberal como la dinámica depredatoria del capitalismo, lo que es aun más importante, porque la defensa de los recursos naturales -elemento presente en todo el ciclo político- se combinó con un patrón civilizatorio que posee una “reserva narrativa” capaz de enfrentar a la subsunción real de la naturaleza al capital. Según Evo Morales, que ha hecho de los “derechos de la madre tierra” su principal y resonado discurso en el exterior, Bolivia constituye una alternativa al capitalismo que persigue el “desarrollo económico ilimitado”, una apuesta que no solo haría posible el socialismo sino “salvar a la madre tierra del capitalismo” -título del discurso que brindó el presidente en el mayor evento boliviano de 2010, la Conferencia Mundial de los Pueblos sobre Cambio Climático y los Derechos de la Madre Tierra, convocada en Cochabamba¹⁵-. En resumen, el ciclo político rebelde andino-amazónico fue capaz, en palabras del canciller Choquehuanca, de ofrecer un programa político de gran escala:

Nosotros queremos una vida armónica no solamente entre los hombres sino también entre el hombre y la naturaleza, y cuando hablamos de la sociedad estamos hablando de las personas, es excluyente, no toma en cuenta el todo. Tenemos que decir “la nueva Constitución Política del Estado algún día nos va a permitir construir una nueva vida”. Porque para nosotros lo más importante es la vida, para el socialismo lo más importante es el hombre, porque el socialismo busca la satisfacción de las necesidades tanto materiales como espirituales del hombre. Ese es el centro del socialismo, la ley económica fundamental, satisfacción de las necesidades del hombre. Para el capitalismo lo más importante es la obtención de la plusvalía, de la ganancia, el capital. Nosotros no estamos de acuerdo con eso, tenemos coincidencias con el socialismo, pero la lucha de los pueblos indígenas va más allá del socialismo. Para el capitalismo lo más importante es la plata, el capital. Para nosotros lo más importante es la vida¹⁶.

¹⁵ Evo Morales invitó a ella reclamando el protagonismo del “pueblo” y de los movimientos sociales durante la Cumbre del Cambio Climático realizada en Copenhague, en diciembre de 2009, que agrupó a través de la ONU a los altos mandos presidenciales, aunque con escasísimos resultados. Las repercusiones que tuvo el encuentro cochabambino fueron muy amplias, tanto para advertir de la problemática ambiental “desde abajo” a escala planetaria como en la propia escena doméstica, ya que la extraoficial “mesa 18” (rechazada por la organización oficial y propiciada, entre otras, por la principal organización de raíz aymara, el Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Quyasullu) vino a cuestionar la certeza de que la consigna “evista” que anunciaba el respeto a la madre tierra fuera lo que el gobierno desea para sí. Véase el discurso de Evo Morales en Svampa, Maristella, Stefanoni, Pablo y Fornillo Bruno (2010) *op. cit.*

¹⁶ Entrevista a David Choquehuanca, canciller.

A no dudar que en la centralidad de la categoría de vida, en el discernir su certero potencial político, radica buena parte de la estructuración del relato emancipatorio para el siglo que despunta. En este sentido, no solo debemos al área andina su emergencia -y verdaderamente nace de la “periferia social de la periferia mundial”¹⁷- sino claves de su significación, las cuales además están constitucionalizadas. Está opción nominada socialismo comunitario -que el país ha tenido el mérito no menor de volver a poner en el “orden del día” con cierto grado de realismo- se expresa, entre otras cosas, en el paradigma civilizatorio connotado en la idea de *suma qamaña* aymara, en el término *Kapac* quechua, en el *Iyambae* guaraní, que refiere a una persona que se mueve de acuerdo a las leyes de la naturaleza. Una cosmovisión política que no ata la vida a la renta sino a la relación armoniosa con la naturaleza, reubica al hombre al interior de la tierra a la cual pertenece, refiere a la vida concreta de personas concretas, un “neohumanismo” que desliga la existencia del plus de goce irrelevante que propicia la semiótica del capital. En palabras de José Tortosa: “*Sumak kawsay* expresa la idea de una vida no mejor, ni mejor que la de otros, ni en continuo desvivir por mejorarla, sino simplemente buena. *Suma Qamaña* viene del aymara boliviano e introduce el elemento comunitario, por lo que tal vez se podría traducir como “buen convivir”, la sociedad buena para todos en suficiente armonía interna”¹⁸. Es, como se ha dicho en varias ocasiones, una política del “posdesarrollo” que pone en el centro a la vida, un “giro biocéntrico”. Un camino por el cual, en otros términos, Bolivia supo alumbrar un nuevo “modo histórico de pensar la política”¹⁹, organizado por la categoría de la “pulsión autorganizativa”, teniendo lugar en la territorialidad que llamamos “mundos de vida”, pero bajo la prescripción de que es preciso refuncionalizar el poder del Estado como condición para la realización del “vivir bien”, como modo expresivo de la forma comunidad hacia el conjunto del país. Una de las tendencias posibles que se encuentra inscripta en la estructura social boliviana, en su magma ideológico, y que se anuncia bajo el término descolonización, se asienta en el intento de reforzar la matriz comunitaria tan hondamente arraigada aquí.

Ahora bien, ¿esta chance estuvo ausente de las políticas concretas? Sería iluso pensar que su capacidad instituyente no talló en la política desplegada en el quinquenio 2005-2010. En primer lugar, la Nueva Constitución Política del Estado está insuflada de preceptos que se orientan hacia una vida en común que podría tendencialmente llevar a la instauración de un “socialismo comunitario”: el Estado plurinacional debe potenciar en primer término la economía social y comunitaria en el marco de una economía plural, las autonomías indígenas suponen la autoasunción por parte de las comunidades de las esferas sociales (economía, cultura, política, etcétera), los lineamientos sobre los que se basa el Estado responden a la cosmovisión cultural indígena-campesina y deben protegerse y expandirse, entre tantas otras creaciones salientes. En segundo lugar, la política de tierras durante la primer gestión “evista” ha presentado avances significativos, una clara orientación estatal llevó a priorizar la titulación de tierras de manera colectiva, tanto en las comunidades indígenas como en las campesinas, logrando que en el vital tratamiento de los medios de producción se lograra priorizar la estructuración común por sobre la titulación individual, atacando en lo posible la propiedad hacendal. En tercer lugar, podríamos considerar el “lado bueno” de las nacionalizaciones, que bien podrían evitar la externalización de los recursos conocida como “principio Potosí” y fomentar un tipo de acumulación que solvente la construcción de una

¹⁷ Tortosa, José María (2010) “Sumak Kawsay, Suma Qamaña, Buen Vivir” en *Observatorio Latinoamericano 4*, Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe-Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Buenos Aires, p. 120 y Tapia, Luis (2009b) *Pensando la democracia geopolíticamente*, Muela del Diablo/CLACSO, La Paz

¹⁸ Tortosa, José María (2010) *op. cit.*, 120. Para un relato amplio acerca de la cosmovisión que conlleva el “vivir bien”, puede consultarse Medina Javier (2006) *Suma Qamaña. Por una convivencia postindustrial*, Garza Azul Editores, La Paz. Tanto para conocer como piensa el gobierno como las contradicciones que acarrea: AAVV (2009) *El vivir bien como respuesta a la crisis global*, Ministerio de Relaciones Exteriores, Bolivia.

¹⁹ Lazarus, Sylvain (1997) *Antropologie du nom*, Seuil, Paris, p. 88.

sociedad otra. En cuarto lugar, esta direccionalidad de la política hacia abajo y, sobre todo, “desde abajo”, signó la puja contenciosa cuando la crispación política era mayúscula, aun en los momentos en los que la figura del Estado parecía pasar al frente. En otras palabras, la acción colectiva indígena-campesina en defensa del “proceso de cambio” continuó presentándose como una maquinaria de guerra dispuesta a poner el cuerpo para defender las conquistas. De modo expreso: aún pervive la potencia societal como clave ontológicamente productiva que subtiende la totalidad de la revolución boliviana.

Nótese que lo presentado no es más ni menos que el recorrido que se ha querido mostrar en nuestra entera narración. La temporalidad de la que hablamos es la de un proceso político en marcha, cuyo primer ciclo desde el año 2000 al 2005 presenta una fase ascendente de luchas sociales, en el que se polariza el campo político, se define la posición de los actores y sus principales áreas de influencia y se esclarecen sus objetivos y marcas identitarias. A partir del arribo del MAS a la presidencia, a fines de 2005, comienza una etapa que no deparará menor movilización social. Las antiguas elites desalojadas del gobierno nacional resisten en la “media luna” y para fines de 2007 arrecia el antagonismo frontal que tendrá su apogeo en septiembre de 2008, tras la gran confrontación que encontrará al Congreso Nacional arrojando un “consenso” sobre los contenidos básicos de la novísima Carta Magna. En la cúspide de las conquistas, entonces, se presentó el problema por el desenlace que tomaría un proceso que nunca dejó de tener a las organizaciones sociales por protagonistas principales de su sostenida expansión hegemónica, ético-política. Bajo este prisma, el grado de ebullición social descenderá de ahí en más paulatinamente, dando paso a una relativa estabilización de las fuerzas sociales hasta la reelección de Evo Morales al concluir el año 2009, presto a encarar un nuevo mandato.

A la hora de mapear los sectores que pulsean por inclinar hacia aquí el rumbo del “proceso de cambio” al interior del gobierno nacional habría que mencionar que esta corriente, aunque minoritaria, estuvo embebida en la tradición de izquierda del país e influenciada por las experiencias radicales clásicas y actuales de Latinoamérica. Más concretamente, a la perspectiva de construir un “socialismo comunitario” en el que se entraman lazos sociales poscapitalistas a partir de la fuerza embrionaria de la comunidad adhirió la “rama cubana” del gobierno, representada fundamentalmente por antiguos militantes del PCB y de la izquierda guevarista respaldada en el sentido apego que expresa Evo por la isla caribeña. A su vez, ahondó sus raíces en el movimiento indígena katarista que pugnó por consolidar la revolución democrática y cultural, designio que se asentó en la creencia indianista, pero que tuvo escasos representantes en el Estado, entre ellos, el canciller David Choquehuanca, y una serie difusa de dirigentes sociales originarios, fundamentalmente aymaras. En esta corriente se entremezclaban posiciones que reforzaron la negativa hacia las “ideologías modernas”, otras que acentuaron la potencialidad comunitarista, y hay quienes pusieron el acento en la significatividad de la “cosmovisión indianista”. A su vez, esta presencia en el Estado se apoyó en organizaciones indianistas, antes que nada en la CIDOB e intermitentemente en la CONAMAQ, apuntando a una avanzada del proceso acentuando su perfil político-emancipatorio.

Sería ilusorio suponer que será una tendencia la que triunfe y destrone a las otras de todo influjo, la mayor probabilidad es que un amplio abanico de posibles que van desde el capitalismo de Estado hasta el socialismo comunitario convivan en tensión creciente, mixturándose y suplantándose mutuamente; aunque indudablemente algún desenlace para esta revolución será dominante. Actualmente, más que las rispideces que brotan entre las perspectivas industrialistas y ecologistas, entre el retorno del ciclo nacional y la emergencia indigenista, más allá de la supuesta creación de un Estado renovado, más allá de si fuese

“democrática, burguesa, popular, socialista, antimperialista, campesina”²⁰, lo central pareciera ser definir la línea de demarcación dispuesta para con la lógica pura de la acumulación capitalista. Veremos luego estas ambivalencias, pero antes tratemos de desentrañar cierta lógica interna de la Revolución del '52.

Resultado y desenlace: El larvado decaimiento de la Revolución Nacional

La actual coyuntura posee diferencias de peso con respecto a la Revolución Nacional de 1952, puesto que aquí no existió un ala independiente y homogénea ideológicamente, predominante y conductora a la manera de la “pequeñoburguesía en su contenido preburgués”²¹ del estructurado MNR que dominó por entonces los destinos del país, esa “clase media intelectual y profesional”²² que convirtió en enunciación de Estado la necesidad de subordinar el capital para ganar la independencia nacional. Tampoco un proletariado *stricto sensu* fue la punta de lanza que barrió de un solo golpe con la faz coercitiva del Estado, así como no existe ese tándem cuasi señorial que entrelazaba a los hacendados con los “barones del estaño”, artífices del “super estado minero”. Ni siquiera podría pensarse que la situación internacional es comparable de primera mano, la injerencia de Estado Unidos no gravita como lo hacía entonces y la mundialización de hoy no es la de ayer. Aquella situación revolucionaria que transitó Bolivia en su historia contemporánea, por tanto, solo parcialmente habilita a trazar una analogía con la actual.

Igualmente, puede que insista una suerte de invariante: las revoluciones interrumpidas en Latinoamérica -de la que la Revolución Nacional es uno de sus ejemplos más palmarios-, segregan como problemática principal la tensión entre la radicalidad del proceso político revolucionario y las condiciones internas de desarrollo desigual y combinado en condiciones de dependencia y neocolonialismo²³. En una escala mayor, el desenlace de las dos revoluciones sociales latinoamericanas en las que el peso del campesinado era importante -la mexicana y la propia insurrección de abril-, se precipitó a largo plazo reforzando las tendencias que estimularon y borrarón los obstáculos que impedían el avance del capitalismo, de modo que asistimos a grandes gestas que tendían a desfallecer. Aun así, la misma revolución mexicana grabó su impronta en el entero siglo XX, la revolución nicaragüense fue ahogada desde el exterior y ni hablar de la gesta cubana que cruzó el límite sin interludios. Pero a diferencia, en este país mediterráneo, la Revolución Nacional del '52 mostró un larvado decaimiento interno, pasados los años, más de uno de sus fervientes defensores llegó a sospechar que hubiese existido.

El “libro de abril” inaugurado a mitad del siglo pasado pervivió durante 12 años en virtud de medidas aprobadas en los primeros 18 meses, entre las que sobresalieron la nacionalización de la minería, la reforma agraria y la universalización del voto, tal como ya hemos reseñado. A poco de andar, la supremacía política del MNR fue institucionalizándose, copando el Estado (en cuatro años se duplicó la cantidad de funcionarios esparcidos capilarmente por el territorio), los técnicos “pequeñoburgueses” asumían el mando de la minería pasando por encima de la “cogestión” (que incorporaba a los trabajadores del subsuelo en tareas de dirección), y el cogobierno con sus ministros obreros se diluía al compás del peso emenereista, que fomentaba la rivalidad interna del sindicalismo revolucionario puesto que la agitación obrera no decaía. Ya para mediados del '53, el primero de mayo precisamente, el secretario ejecutivo de la COB -Lechín- aceptó la necesidad de contar con un aparato militar

²⁰ Gilly, Adolfo (1988) “La guerra de clases en la revolución mexicana (Revolución permanente y auto-organización de las masas)” en AAVV *Interpretaciones de la revolución mexicana*, Nueva Imagen, México, p. 21.

²¹ Zavaleta Mercado, René (1977) “Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia” en Gonzáles Casanova, Pablo (coord.) *América Latina. Historia de medio siglo*, Siglo XXI, México, p. 100.

²² Álvaro García Linera (2009) “El Estado plurinacional” en *Discursos y ponencias*, Año 3, N° 7, Vicepresidencia del Estado Plurinacional, Bolivia, p. 11.

²³ Fernandes, Florestan (1980) *Poder e contrapoder na América Latina*, Zahar, Rio de Janeiro.

formal para suplantar a las milicias. Claudicante, el segundo congreso de la COB llegó a declarar: “nuestra revolución es popular antes que democrático-burguesa o proletaria” (¿acaso hasta los mismos obreros de Huanuni y Siglo XX no eran, en última instancia, simpatizantes del MNR?, como bien afirmó Gustavo Rodríguez Ostría²⁴). Contrarrestar el empuje de la federación minera recayó sobre una densa red que unía a las altas esferas partidarias con los dirigentes indígenas y sindicales, promotores de la reforma agraria y conductores de las milicias campesinas. Lentamente se fue urdiendo una subordinación pasiva del movimiento campesino, que no por casualidad -como dato fatal- rubricaría el pacto militar-campesino a partir del gobierno barrientista; de signo ya decididamente conservador²⁵. El novel ejecutivo nacional, entonces, fue deglutiendo a la sociedad civil en movimiento.

Es que la ausencia de condiciones económicas mínimas obligaba a considerarlas -lo que en términos clásicos se denominaba desarrollo de las fuerzas productivas-, en una suerte de realismo pragmático de gestión que debió atender la gobernabilidad y el basamento de reproducción de la propia política, elección siniestra porque el peso de los “requisitos económicos” y la imposición de la “estabilidad” tendía a debilitar, en verdad, una ebullición política que era el nervio del alzamiento. Concretamente, la gran inflación, el déficit fiscal y la caída de los precios de los minerales estatizados llevaron al MNR a fines de 1953 a pedir ayuda financiera a Estados Unidos, tres años después diseñó el “plan de estabilización” y para 1958 un tercio del presupuesto público dependía directamente de sus fondos. La inicial constatación de realismo económico, que se postuló como un progreso generalizado, rápidamente tendió a ser solidaria, casi a requerir, la búsqueda por reproducir y acrecentar los conatos de poder que poseía el MNR, hechos inevitables cuando las dos razones pragmáticas parecieron ser el crecimiento económico y la política en su fase administrativa. En definitiva, el cercenamiento político hacía pareja con el realismo económico.

A largo plazo, la política económica emeneresita trajo resultados esquivos: las empresas del Estado no oficiaron de “palanca” del desarrollo, tampoco se conformó un mercado nacional y el crecimiento industrial fue incipiente, en una dinámica gestora de un constante “excedente sin acumulación”²⁶. En rigor, la extracción estañífera se vinculó al mercado mundial, pero no brindó estímulos integradores hacia el sistema económico local, antes que ello, contribuyó a reforzar la dominación política como forma básica de organización de la producción en el vasto entorno agrario que le servía de soporte y complemento, es decir, un tipo de inserción internacional signada por patrones de subordinación neocolonial y sobredeterminación imperialista. En cierto sentido, aun en la tentativa modernizadora donde la Revolución Nacional apostó lo mejor de sus fuerzas, su victoria no hizo más que expandir la “acumulación por desposesión”²⁷ o la producción de excedente sin acumulación interna, haciendo que sus mayores ambiciones terminasen esfumándose.

En Bolivia, la sociedad civil siempre fue tremendamente densa y organizada y, como contraparte, la sociedad política acusó una permanente gelatinosidad, causas que contribuyeron a explicar las oportunidades abiertas para que los movimientos sociales expongan su poder, pero que también indicaban una suerte de debilidad primigenia que los esperaba cuando accedían al gobierno. La inconclusión de la Revolución Nacional, sea en su extremo que tiraba por plasmar la revolución socialista o en el otro que se contentaba con

²⁴ Rodríguez Ostría, Gustavo (1991) *El socavón y el sindicato. Ensayos históricos sobre los trabajadores mineros. Siglos XIX-XX*, Inst. Latinoamericano de Investigaciones Sociales, La Paz.

²⁵ Rivera Cusicanqui, Silvia (1985) “Apuntes para una historia de la luchas campesinas en Bolivia 1900-1978” en González Casanova, Pablo (coord.) *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, Siglo XXI, Vol.3, México.

²⁶ Grebe López, Horst (1983) “El excedente sin acumulación. La génesis de la crisis económica actual” en Zavaleta (comp) *Bolivia hoy*, Siglo XXI, México.

²⁷ Harvey, David (2004) “El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión” en Panitch, Leo y Colin, Leys (ed.) *El Nuevo desafío Imperial*, Merlin Press-CLACSO, Buenos Aires.

modernizar el país, responde a un problema general que podría resumirse del siguiente modo: El MNR, que no en menor medida se había hecho del poder gracias a esa débil resistencia de las fuerzas establecidas que lo precedieron, ansioso de construir un armazón nacional-estatal que juzgaba ausente, elemento que su a vez creía necesario para llevar adelante desde las políticas más ambiciosas hasta las mínimas, se aseguraba que debía consolidar su mando, restringir el caos político y armonizar las variables económicas, subordinando a las fuerzas populares y atemperando los postulados más disruptivos para con el capital. Así se abriría paso el camino más razonable, la economía se estabilizaría y la gestión podría cobijar el espíritu reformista. Pero entonces la ebullición política -que era el motor de la transformación- entraba en su ocaso y el papel subordinado de la economía se iría topando con el cauce de la reproducción, dada la ausencia de fuerzas económicas internas que pudiesen contrarrestar la ambición insalvable del poderío económico externo. Este país andino-amazónico, por tanto, tendría los defectos de sus virtudes: las mismas razones que facilitan la radicalidad la limitan. Notoriamente, la experiencia emenereista enseñó que la dificultad para gestar un capitalismo nacional, para que el Estado tomase el relevo de aquellas tareas democrático-burguesas irrealizables por una burguesía inexistente, llevó a retrotraer a las conquistas logradas a cero, perpetuando el círculo perverso de la dependencia, con tal intensidad que si bien resultó indudable el resultado absolutamente revolucionario de su gesta, pareció pendiente que lo fuese su desenlace.

Ciertamente, fue Sergio Almaraz el que caratuló en su *Réquiem para una república* que el MNR fue desahuciándose hasta que le llegó “el tiempo de las cosas pequeñas”²⁸. La insurrección de abril fue “retrocediendo poco a poco, peleando aquí, cediendo allá, sin dejar de hacer el cálculo puntilloso de dónde podía resistir y dónde resignarse”. Ya para el segundo mandato presidencial, en 1956, comienza la curva descendente para ir transitando un derrotero marcado por la “efectiva capitulación diferida”. En la hora final, el golpe militar barrientista del '64 enfrentó a la inocua resistencia de Laicacota -una elevación estratégica en La Paz-, que reunió a un grupo de civiles armados ensayando una respuesta desordenada. El reducto fue bombardeado y ametrallado por la aviación y sus ocupantes murieron o tuvieron que huir, aliento final de una escena saldada puesto que “en Laicacota se disparó sobre el cadáver de una revolución”. Claro está, son imágenes que tornan clara la particular desestructuración interna de la pujanza revolucionaria del '52.

¿País normal o vitalidad política? Pensar la revolución

La hegemonía efectiva lograda al despuntar 2010 llevará a una definición -de derecho o de hecho- más fina de la orientación ideológico-política que moldeará el país. Tras la movilización de fuerzas y la crispación del ambiente político que terminó en la derrota de la oposición, y luego de los aplastantes triunfos electorales de la maquinaria masista -que de a poco empezó a mostrar sus primeras fallas-, será en los cuatro años venideros del segundo mandato de Evo Morales cuando podrán calibrarse los alcances de la gestión concreta y la dirección precisa de la política de cambio. La situación no es gris, en cierto sentido se ha entrado en un nuevo orden, la constitución espera su mejor aplicación, la oposición ha sido recurrentemente derrotada y las fuerzas desatadas no han generado un caos incontenible ni han llamado a la restauración absoluta -como ha ocurrido tantas veces-. Sigue en pie el mismo gobierno que es producto del ciclo político porque los sujetos que encararon la revolución triunfaron.

Empero, lo cierto es que el camino desarrollado en este trabajo nos permite aseverar que la brecha entre las expectativas más innovadoras y radicales acerca del país a construir y lo realmente implementado hasta aquí tiende a ser amplia, e incluso a dilatarse cada vez más. En

²⁸ Tal como oportunamente vislumbró Raúl Prada en (2010b) “Tiempo y política”, mimeo, Bolivia, p. 2 y Almaraz, Sergio (1970) *Bolivia. Réquiem para una república*, UMSA, Bolivia, p. 12.

la esfera política, en primer lugar, se observa este hiato entre las propuestas que sostenían un pluralismo basado en una “democracia directa nacional” para desmontar de cuajo las estructuras del Estado colonial y una realidad en la que el MAS se consolidó como núcleo cuasi monopólico del direccionamiento del país. En el plano económico, en segundo lugar, otro tanto sucede con las propuestas que apuntaban a desarrollar una economía plural potenciando la producción comunitaria sin descuidar el vínculo con el entorno natural y el “salto industrial boliviano”, de dudosa altura. Y no despierta menos tensiones la distancia entre las propuestas de extender fuertemente la reforma agraria bajo el criterio de titular la propiedad en términos comunes y la contraria de seguir alimentando una parcelación individual que no obstaculice al mercado de tierras o, incluso, la automática consolidación del latifundio²⁹. En la órbita medular de lo intercultural, en tercer lugar, no es igual desarrollar las implicancias del cándido multiculturalismo que plantearse seriamente la tentativa de darle cabida a un recambio de alcance civilizatorio. En suma, son problemas propios de un direccionamiento político que parece no decidirse por las directrices más audaces que iluminó el entero ciclo político boliviano, dilatando el vínculo entre potencia instituyente y realidad efectiva.

Sucede que el triunfo sobre las fuerzas opositoras representa un verdadero parteaguas respecto a las dinámicas generales que venían sosteniendo los sectores subalternos. Respecto a la vital dimensión de la movilización, ella va en ascenso desde la asunción de Evo Morales y llega a su cúspide en septiembre de 2008, y desde entonces presenta un paulatino descenso, manteniéndose constante durante el año 2010. Sin embargo, la nota realmente distintiva es que desde el fin de la primera gestión masista la ocupación de las calles y rutas se realiza en contra del gobierno popular. Así ocurrió con la movilización de la CIDOB protegiendo sus tierras, con los obreros paceños, con la asonada de Potosí, con la larga marcha de los indígenas del TIPNIS que decidieron “rechazar contundente e innegociablemente la construcción de la carretera Villa Tunari - San Ignacio de Moxos o todo trazo carretero que afecte nuestro territorio, nuestra casa grande”³⁰ y más aún con el resonante “gasolinero”, que movió a buena parte de las organizaciones oficialistas en contra del intento de aumentar hasta un 83 por ciento el combustible³¹.

La modificación cualitativa del patrón de movilizaciones de los sectores populares es solidaria a otra situación: el abandono del talante antagónico para con los antiguos sectores elitarios, el cual había venido *in crescendo* desde 2005 (y aun desde el inicio del ciclo político en 2000), pero que ahora descendía abruptamente, de modo que la relación de fuerzas ha tendido a estabilizarse; y tremendamente abrupto fue el descenso de las movilizaciones de la opositora “media luna” tras ser derrotada. Como consecuencia, tenemos aquí otro cambio cualitativo caracterizado por la ausencia de movilizaciones de peso contra los sectores elitarios dominantes, antes bien, sobresale la actualización de una historicidad subterránea caracterizada por el “pactismo”. En efecto, hay una temporalidad cuyos puntos salientes hemos tenido la oportunidad de presentar y que no suele ser muy mencionada, pero que le otorgó cierta impronta al vínculo de la primer gestión “evista” con la oposición, bien clara en el derrotero que siguió la Asamblea Constituyente: comienza por el modo en que se negoció la convocatoria a representantes obligando a las organizaciones populares a subordinarse a la

²⁹ El escenario está abierto, a mediados de 2010 la matriz de las comunidades indígenas -la CIDOB-, llevó adelante su primera movilización contra el gobierno del MAS, y solo un acuerdo cuyo punto fundamental rezaba continuar con la titulación de TCO en el oriente suavizó la protesta, aquietándola antes de arribar al Palacio Quemado. Será, por tanto, en este segundo mandato que podrá saberse si la reforma ha venido a modificar radicalmente el paisaje agrario o a refrendar la expansión reproductiva del capital, perspectivas que no son mutuamente excluyentes.

³⁰ Punto 1 de la Resolución N° 0001/2010 del XXIX Encuentro extraordinario de corregidores del TIPNIS.

³¹ Mokrani Chávez, Dunia y Uriona Crespo, Pilar (2011) “Construcción hegemónica o monopolización de la política: El MAS y las posibilidades del proceso de cambio” en *OSAL*, Año XII, N° 29, Buenos Aires.

“mediación” partidaria, sigue por la forma en que se resolvió habilitar los “dos tercios” dejando de lado la mayoría simple como forma de resolver la “aritmética de las decisiones” que tuvo ocho meses al cónclave paralizado. Luego de la explosión sucresense de la Asamblea, se conformó un consejo político superpartidario que se reunía en paralelo tratando de “encausar” el cónclave, revitalizado en el Gran Acuerdo Nacional que reunió a Cossío con el gobierno nacional en las jornadas de septiembre, y finalmente operó directamente en las sesiones del Congreso que modificaron en grado sumo el texto de Oruro. Esta suerte de “transformismo” que reescribe “por arriba” lo creado “desde abajo” no culminó aquí, se prolongó una vez aprobada la NCPE, cuando se redujo el número de curules indígenas, la reglamentación de la Ley Electoral obligó a las organizaciones a confluir en el MAS o se reafirmó la tutela del Estado sobre las autonomías indígenas³².

Ciertamente, en la dimensión relativa a la creación y realización de demandas de los sectores populares, la definitiva consecución de la “agenda de octubre” conllevó una transferencia de la inteligencia colectiva como productora de las exigencias populares a una creciente preeminencia del partido en función de gobierno como organon decisorio de las vías centrales que deberá proseguir el país. No es raro, por tanto, que si la homogeneidad del bloque de poder emergente se mostró intermitente hasta el estallido de la Asamblea, tras lo cual galvanizó en un verdadero accionar colectivo que propinaba golpes decisivos, pasada la aprobación de la ley madre el clima dominante estuvo signado por las fisuras y rispideces no menores al interior del bloque de poder emergente. Por esta vía, la combinación virtuosa entre estrategia electoral y movilización que tantos frutos rindió entre 2000 y 2005 pareció marchar cada vez más desincopada: el MAS monopoliza la escena electoral, teniendo bajo su ala a unas organizaciones obligadas a adoptar otros carriles para hacerse oír.

Debemos, entonces, subrayar la especial disonancia entre el ciclo político no estatal y el que está signado por la ocupación de las instituciones públicas, desde este último, resulta especialmente significativo el modo en que tiende a prevalecer el talante consensualista para con el sector elitario tradicional, al punto que desde el año 2009 casi desapareció el “antagonismo principal” y, debido al accionar del gobierno, comenzaron a florecer tensiones internas que son más “retardativas” que “creativas”, por caso, los problemas internos dentro del bloque de poder en lo relativo a la cuestión “tierras” no poco se explican porque se ha dejado de avanzar sobre las áreas latifundistas de la “media luna”. Así, más que una “contradicción en el seno del pueblo” en tanto “fuerza productiva” habría que considerar que estas ambivalencias internas son producidas por la acción masista en el Estado, lo cual remitiría mejor a la crítica emprendida por la Revolución Cultural maoísta contra los “partidarios del camino capitalista”. En otras palabras: Una vez alcanzado el auge del ciclo, allá por octubre de 2008, comienza un paulatino pero cada vez más pronunciado período en el que la maquinaria estatal tiende a reproducirse sin habilitar transformaciones, el partido en función de gobierno contribuye a la subordinación pasiva y a la división del movimiento indígena-campesino y la política se limita al peligroso destino de la administración, como si los cambios ya hubiesen sido hechos. Digámoslo de manera simple: La búsqueda de la modernización tantas veces trunca pervive en el registro de la ilusión capitalista porque representa un proyecto erróneo triunfe o fracase. No se trata de reinsertar el par reforma-revolución, sino de subrayar la existencia de un tipo de orientación que inhibe la política y no tiene por voluntad estatal profundizar con inventiva las prácticas que acrecienten la igualdad. Aun en su mejor resultado, si tuviese éxito, superando el “drama boliviano”, todo indica que se

³² Al respecto, según Tapia: “En el proceso de diseño de las nuevas leyes en Bolivia -refiere a la LMAD- se recorta sus atribuciones en dos sentidos. Por un lado, inmediatamente después de aprobar la Constitución el gobierno indujo, por el modo en que redactó la normativa para aprobar las autonomías indígenas, a que la mayoría de ellas no sean autonomías o territorios indígenas autónomos, sino municipios indígenas, lo cual implica un rango y un horizonte menor en términos de atribuciones legislativas y de gobierno”. Tapia, Luis (2010b) *op. cit.*, p. 158.

hará a costa de subordinar las políticas de emancipación, perdiendo el pulso absolutamente singular que representa Bolivia. No está nada mal, se trata simplemente de crear un “país normal”, tendrá razón el canciller brasileño que se preguntó por las causas de tanto alboroto frente a un ramplón proceso de reformas, y lo que así se sacrifica es a Bolivia como creadora de una respuesta civilizatoria al desquicio que produce el capitalismo contemporáneo.

¿Qué desenlace le espera a esta época entonces? Si el tiempo que la NCPE abre podemos catalogarlo como transicional existen dos vías en torno a la forma en como es posible pensarla. A fin de cuentas, al llegar la hora del “pactismo” en octubre de 2008 se privilegió afianzar el orden por sobre el antagonismo que acarrearía modificar de base las estructuras coloniales del Estado, haciendo primar una transición inorgánica y diferida. En este sentido, por la vía neodesarrollista, una gestión ordenada y la “síntesis relativa” del abigarramiento social se pretende consumir la homogenización económica de los desiguales sectores, ramas y regiones del país, para así apuntar a la internalización del excedente, bajo la dominancia de la lógica capitalista atemperada por un Estado plurinacional débil organizado en un formato liberal. Actualmente, el mando estatal de la economía y la profundización del perfil “industrialista” parecería apuntalar el crecimiento económico, procurando entretejerse hacia abajo con los circuitos tradicionales de la economía campesina y dirigiendo la disponibilidad de reservas públicas a sostener políticas sociales hacia los sectores siempre marginados, tras la búsqueda de alcanzar el progreso del país de manera “equilibrada”. Es una vía diferida, porque convoca al *impasse* del socialismo comunitario, al mismo tiempo que lo hace la disolución del Estado en la sociedad civil, ese Estado integral “que requerirá un largo proceso histórico”³³. Lo inorgánico de este derrotero radica en que privilegia el imperturbable neodesarrollismo- extractivista evitando las directrices más comunitarias de una economía plural, acompaña el auge de la elite económica tradicional antes que atacarla, reafirma la gestión de la política más que consolidar de manera creativa los horizontes más igualitaristas puestos en juego por el bloque indígena-campesino.

En segunda instancia, tendríamos lo que podría llamarse una transición orgánica y actual. Claro está, se trataría de apuntalar los conatos de socialismo en germen que existen en Bolivia, y esto significa priorizar de modo decisivo la matriz comunitaria del país y su papel en la formación económico social, como lógica tendencialmente dominante. En el plano económico, resulta prioritaria la titulación colectiva de la tierra, la expropiación de las haciendas que no cumplen la función económico social, sostener las alternativas de posdesarrollo capaces de crecer en el país, como también es necesario estimular la pronta concreción de una democracia comunitarizada, eliminando la distancia entre la sociedad civil y la política, de modo tal de generar una relación orgánica entre bases y dirigentes, de combatir el surgimiento de un sector dirigente burocratizado, acentuar y recrear la narrativa emancipatoria, sostener la militancia política, apuntalando las brechas donde el socialismo se abre paso en medio de la lógica depredadora de la ganancia, porque al fin y al cabo no hay otra definición de revolución. Naturalmente, estamos hablando de otra interrupción, la de suspender la evidencia de la historia, la fantasía desarrollista, la raíz posibilista de los hechos, la lógica dominante sobre el quehacer de la razón de Estado, para así acometer la recurrente destrucción del estado de cosas, en tanto sinónimo de “estrategia comunista” para una coyuntura capitalista.

¿Cuáles son las causas últimas que explican los caminos reseñados? Ante un escenario regional de tono progresista lo suficientemente fuerte como para atemperar las influencias imperiales pero igualmente débil como para inmiscuirse en la política doméstica, frente a una oposición visiblemente derrotada, y considerando un mercado mundial favorable, no queda más que remitirse a la dinámica general e interna del sujeto político que ha sostenido el “proceso de cambio”. Primeramente, el avance del ciclo se sustentó en la constitución de un

³³ García Linera, Álvaro (2011) *op. cit.*

bloque de poder plebeyo, que carecía de un mando fijo y se articulaba en la lucha misma, cuando nacionalizaba sus consignas -así ocurrió con la guerra del “Agua” y del “Gas”, con la Asamblea Constituyente-. Una agregación colectiva imparable dirigida por las organizaciones indígena-campesinas que dio cuenta de la sólida construcción de una “voluntad nacional-popular”. Ahora bien, dejando atrás la plural y horizontal interrelación que existía entre las organizaciones subalternas que se desempeñaban en el ámbito de la sociedad civil, el MAS en el Estado ha tendido, cada vez con mayor intensidad, a asumir el molde institucional heredado, mostrándose como un condensado unívoco de la plural sociedad civil. De este modo, la expectativa de que la movilización societal sea el marco desde el cual pensar la política se ha visto trastocado por la clásica pérdida de autonomía, participación y decisión de las organizaciones de base. La primera gran fisura en el bloque de poder se da, por tanto, entre los núcleos de participación política territoriales y el “instrumento político”.

Asimismo, a lo largo del proceso se han ido incrementando las discrepancias entre los sectores “campesinistas” e “indígenas” fundadores del Pacto de Unidad, básicamente debido a que los constructores centrales de MAS estuvieron casi siempre dispuestos a limitar la propiedad colectiva de la tierra en la aplicación de la reforma agraria, el alcance de las autonomías indígenas o la cantidad de plazas indígenas en la Asamblea Plurinacional. Lo cierto es que los sectores indianistas fueron los que idearon las propuestas más innovadoras, y el MAS tendió a incorporarlas según conveniencias y coyunturas de manera selectiva y retórica, siempre bajo una soterrada percepción despectiva para con los pueblos originarios “menores”. La segunda fisura en el bloque de poder se da, pues, entre los sectores de raíz campesina y las agregaciones políticas originarias e indígenas, fundamentalmente del “oriente”. Por caso, un problema mayor consiste en saber cómo se resolverán los conflictos referidos a la tenencia de la tierra entre quechuas, aymaras y los sectores de tierras bajas, o directamente entre sindicatos y comunidades indígenas en los mismos territorios³⁴. Asimismo, no son menores las tensiones que existen a la hora de determinar quién posee la decisión soberana sobre los recursos naturales, despertando infinitos conflictos, por ejemplo, entre concesiones mineras y comunidades que las reclaman, o entre el Estado y las comunidades por la explotación del subsuelo: la minería a cielo abierto del Mutún -en un caso entre miles- se encuentra en un territorio reclamado por el pueblo Ayoréo.

Una reflexión final y aglutinante recae sobre las características del sujeto político que comanda el “proceso de cambio”; y cuya lógica ambivalente se encuentra -en última instancia- en la complejidad misma de la “forma comunidad”. Desde un punto de vista, considerando el muy complejo espesor histórico de la composición de clase, el bloque de poder emergente no ha dejado de tejer múltiples vecindades con la lógica del capital y de amparar un sector de elite encumbrado, y aquí reside uno de los núcleos de las ambivalencias del proceso. Si se presentaron las tendencias sombrías en las que asomó un recambio de la elite política-económica sin conmover a fondo las relaciones de clase; tal perspectiva se adaptó con relativa facilidad a la existencia de un floreciente segmento mercantil de fluida circulación urbano-rural integrado por un campesinado próspero e influyente y una “protoelite” económica “chola” deseosa de acrecentar los márgenes de ganancia de sus “economías familiares”. A su vez, dicho sector pudo vislumbrar con buenos ojos la tendencia desarrollista del país; amparando una maquinaria estatal comandada por una capa dirigencial que suele apuntalar las redes clientelares, la organización jerárquica de las comunidades, asumiendo una visión estatal de corte “patriótico” que ideológicamente postula representar al país como un todo para mejor navegar en la reproducción de los lugares conquistados³⁵. Se trata de la existencia

³⁴ Albó, Xavier y Carlos, Romero (2009) *Autonomías indígenas en la realidad boliviana y en su Constitución*, Vicepresidencia del Estado Plurinacional, Bolivia y Fontana, Lorenza (2010) *Sindicato campesino versus indígenas Leco: el conflicto por la tierra en Apolo*, Centro Carter, Bolivia.

³⁵ Mokrani Chávez, Dunia y Uriona Crespo, Pilar (2011) *op. cit.*

de un núcleo plebeyo cuya propiedad individual puede llevarlo a actuar con la lógica tradicional del “campesino rico”, que no solo puede alcanzar el estatus de dirigente sino trazar su horizonte de deseo en estrecho contacto con la intención de afianzar una modesta pero constante “acumulación primitiva” de capital. En otros términos, el mismo sujeto actuante es capaz de arremeter con suma fuerza contra las exclusiones a las que obliga la colonialidad institucionalizada pero no necesariamente su horizonte de acción consiste en llevar hasta sus últimas consecuencias la lucha política que clama por un socialismo comunitario que apunte a abolir la supremacía del valor de cambio.

Finalmente, no dejemos de mencionar que si la “forma comunidad” tiene a la ambivalencia inscripta en su propia estructura, no hay que desdeñar que es capaz de contener las estrategias que resisten a la ruptura de los lazos sociales, y en nada es una casualidad que su existencia haya perseverado durante más de medio siglo, mixturando de manera compleja lo antiguo y lo nuevo³⁶. De manera totalmente correlacionada, si es verdad que una sociedad tiene el destino que le permite su estructura social y los transita todos, es preciso subrayar que el carácter abigarrado de Bolivia supone la convivencia de múltiples formas de producción que, a su turno, tornan difícil prescribir un rumbo de estructura preciso, pero por esa misma causa la acción política tiene un amplísimo margen para incidir sobre el destino del país. Siempre es así, pero aquí más aún: en condiciones de abigarramiento social no será el automático despliegue de las cosas sino la política en sentido fuerte quien tenga la última palabra. Sucede, también, que ninguna facción económica, sea plebeya u “oligarca”, posee el peso suficiente como para direccionar el rumbo o incluso para vetar o inhibir opciones, es ahora el Estado el mayor actor político y económico, y en ese sentido tiene potestad para diseñar el tipo de horizonte que Bolivia querrá para sí. Reside en ese complejo entramado de sectores sociales y grandes figuras que tienen las riendas del país la clave para sobredeterminar el rumbo del proceso. Así, resultará vital la reemergencia de la innovación y la creatividad política, de los lineamientos militantes, ideológico-políticos, guiados por premisas ético-políticas, la conjunción entre la lucha por la descolonización profunda y la liberación de clase.

Bolivia, ciertamente, fue capaz de crear una nueva narrativa emancipatoria sostenida en organizaciones indígenas y campesinas, y posiblemente no haya otro país en condiciones de brindar una respuesta a la lógica actual del capital como la que abriga este singular corazón latinoamericano: existe aquí la matriz societal sobre la cual soportar un tipo original de socialismo comunitario. Lo que el ciclo político puso en juego, en verdad, antes que las razonables ansias de construir un país normal, fue la *praxis* de un proyecto alternativo forjado

³⁶ Viene al caso referirse aquí sucintamente a los paradigmas de la historiografía americana del período “colonial”. A modo de resumen, durante los años 60 y 70, a contramano de las miradas que naturalizaban los efectos del “descubrimiento” hispánico, se contrapuso una perspectiva -cuyo escrito inaugural es *Los vencidos*, de Nathan Wachtel- que acentuaba el carácter “desestructurante” de la “conquista”, la cual habría llegado a poner en jaque la existencia misma del universo indígena luego de destruir su poder político superior. Sin embargo, en las últimas décadas una consolidada corriente historiográfica dialoga críticamente con aquella perspectiva debido a que ella situaba en un papel pasivo a las comunidades indígenas al tiempo que se veía impedida de explicar su sorprendente continuidad -con cambios, claro está- por más de quinientos años. De modo que las investigaciones resaltaron la constitución de “estrategias” activas de resistencia, mostrando de qué modo los procesos de hibridación y trashumancia de los “comunarios”, la resistencia a la “colonización del imaginario”, el carácter de mediador de los kurakas entre la “república de los indios” y la “república de los españoles”, y la persistente participación en el mercado, lejos estuvieron de destruir la base comunal sino que fueron precisamente algunas de las causas que permitieron su supervivencia. La imbricación con las lógicas “modernas” no supuso la desaparición de las comunidades, ya que elaboraron estrategias para garantizar su continuidad. Wachtel Nathan (1976) *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*, Alianza, Madrid; Grusinski Serge (1991) *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*, FCE, México; Serulnikov, Sergio (2006) *Conflictos sociales e insurrección en el mundo colonial andino. El norte de Potosí en el siglo XVIII*, FCE, Buenos Aires y Stern Steve (1990) *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes. Siglo XVIII*, IEP, Lima.

en la periferia a la altura del entero capitalismo de hoy. Como inconclusas se presentaron las revoluciones, no hay que olvidar que el andar de la resistencia plebeya tampoco conoció respiro, el imponente armazón organizacional subalterno permanece inalterado y las posibilidades de liberación están abiertas. La revolución, como siempre, está ahí al alcance de la mano, no para empezar ni para terminar, sino para realizar su lógica íntima, que consiste en recomenzar, para mejor multiplicar el campo de los posibles.